

XXIX

Ofrecí hablar extensamente de un hombre, del que ahora me acuerdo, porque él fué la primera persona á quien encontré en mi casa, al regresar á ella después de haber atendido á la señora de Parabere. El hombre á que me refiero es lor Bolingbroke, de quien pocos pueden hablar como yo, pues son contados los que lo han conocido y seguido durante su vida, como yo lo he hecho. El señor Walpole no quiere oír hablar de tal hombre, á causa del papel desairado que su padre desempeñó en sus discusiones con él; pero como no leerá esto hasta después de mi muerte, perdonará á mi memoria el recuerdo de un antiguo amigo, y la justicia que voy á rendirle.

Lor Bolingbroke es una de las más notables y extraordinarias figuras de este siglo. Dificilmente se hallan reunidos en un solo hombre más ingenio y más habilidad y alteza de miras, más lealtad y más rectitud, más generosidad en las ideas y en los actos. Tenía dos defectos que lo perjudicaron en el concepto de los demás, sin por esto entorpecer su conducta. El primero fué la galantería, y la ligereza el segundo. La edad y una pasión profunda lo curaron del primero; el segundo, debido á la vivacidad de su imaginación, era más aparente que real, lo que no fué óbice para que los necios lo acusasen, y lo juzgasen mal las personas exclusivamente formales, que toman por bandera el tedio. De mí sé decir que tuve grande apego á lor Bolingbroke, y pienso en él con frecuencia, y que será para mí una verdadera satisfacción consagrar algunas páginas al relato de su vida, por demás interesante y henchida de aventuras, de las

que, en la hora de ahora, nadie se acuerda en Francia, excepto los señores de Matignón, sus devotos amigos, Voltaire, Pont de Veyle y Argental, mis contemporáneos, y el mariscal Richelieu, también contemporáneo nuestro; pero este último sólo se acuerda de lo que le aprovecha, una gloria ó un placer.

Bolingbroke sostenía íntimas relaciones con la señora de Feriol. Ya dije que en casa de ésta había conocido yo al lor; el cual me agradó desde luego, como yo le gusté á él, que sin más tardar vino á mi casa al día siguiente, y desde entonces no cesó de efectuarlo. Su elocuencia era conocida en la cámara baja, y sus discursos fueron los precursores de su fortuna; también se hizo notar en el parlamento. La reina Ana se propuso atraérselo, y, efectivamente, se lo atrajo, pues nunca cesó aquél de darle pruebas de fidelidad. A despecho de toda clase de intrigas, Bolingbroke no tardó en ser ministro de la guerra y de la marina, lo que lo puso en frecuentes relaciones con el célebre duque de Marlborough, de quien explicaba cosas singulares, algunas de ellas poco ó nada conocidas, y que consignaré aquí en virtud de haberme impuesto yo misma la obligación de relatar en mis Memorias cuanto sé de interesante, en particular acerca de los personajes históricos.

Marlborough, hijo de familia noble, carecía de ilustración y de patrimonio. El origen de su fortuna es extraordinario y casi imposible de relatar para una mujer. Soy despreocupada: á mi edad no pertenecemos á ningún sexo; pero como sé que no han de faltar mujeres que lean este libro, he de respetarlas respetándome.

Lo que no es sabido, es que Juan Churchill, después duque de Marlborough, recibió muy joven su bautismo de sangre peleando á las órdenes de Tu-

rena. Luego fué paje del duque de York, que subió al trono bajo el nombre de Jacobo II, y de quien era querida Isabel Churchill, hermana de Juan. Ambos hermanos, Juan é Isabel, eran admirablemente hermosos: doquiera se presentaban atraían las miradas. El duque de York obtuvo fácilmente para su paje un destino de oficial en los guardias.

Aquí empieza lo embarazoso de la historia. Por mucho que me esmerase y alambicase, no conseguiría darme á comprender. Ciertos ejercicios atléticos ó de otra clase suelen dejarse para los volatines, que, sin embargo, no pueden ejecutarlos en público, por vedárselo el decoro. Los hombres tienen la debilidad de dar mucha importancia á tales habilidades, y pocos son, aparentemente á lo menos, los que están dotados de semejante persistencia.

Cierto día, en una orgía de oficiales, Churchill desplegó prodigiosos talentos y un vigor al que la destreza añadió nuevos quilates. Esto bastó para que lo declarasen un hércules, y todos contaron á porfía los prodigios de equilibrio ejecutados por el apuesto oficial. El rey Carlos II no fué de los últimos que se enteraron, y concibiendo una admiración verdadera por aquel hombre, tan forzado que sin cejar y sin perder una pulgada de estatura sostenía pesos extraordinarios, lo arrimó á sí, convencido de que tal guardián lo defendería mejor que otros diez.

La anécdota circuló de boca en boca por la corte y por la ciudad. Carlos II tenía á la sazón por íntima á una mujer muy guapa, acusada y convicta de buscar, entre la florida juventud de Londres, una compensación á la majestad de su real amante. Vale la pena dedicar unas líneas á la mujer aquella, pues su vida fué más que medianamente singular. Llamábase Bárbara Villiers, era hija única y heredera del vizconde de Grandisson, casó con Roger Palmer,

conde de Castelmaind, y no tardó en intimar con Carlos II, de quien hizo su esclavo y servidor.

Para complacerla, el rey privó de su valimiento al conde de Clarendon, gran canceller, al cual tenía ojeriza la Villiers, que se complugo en ver pasar al caído al regresar éste de entregar los sellos, y tuvo la insolencia de injurarlo.

El conde se limitó á contestar, con tranquilidad estoica:

— Paciencia, paciencia, miladi; tarde ó temprano será V. vieja y fea.

Clarendon no podía haber dirigido á Bárbara una injuria más punzante.

La señora de Castelmaind, mientras llegaba la vejez, gozaba de su juventud. Conocedora de la hazaña de Churchill, picóle la curiosidad de saber á qué atenerse, y el bizarro oficial se mantuvo á la altura de su fama.

Bárbara, satisfecha su curiosidad, quiso cerciorarse de si los farsantes y los saltimbancos sostenían la comparación con el futuro héroe, y á tal extremo llevó sus investigaciones, que Carlos II, á pesar de su buena voluntad, no pudo hacerse el desentendido, y vióse obligado á despedirla. Bárbara no opuso resistencia; pero exigió una recompensa, y se hizo nombrar duquesa de Cleveland.

Cierto noble llamado Roberto Fielding, del condado de Warwick, de larga fecha enamorado de la hermosa duquesa, casó con ella en terceras nupcias, mientras aun vivía su segunda mujer; así es que cuando la duquesa de Cleveland empezó á encontrarlo menos amable, lo acusó de bigamia, é hizo anular su matrimonio. El pobre Fielding iba á ser ahorcado; pero la reina Ana lo indultó, indudablemente teniendo en consideración quién era la duquesa.

Esta tuvo varios hijos, entre ellos una hija, monja

de un convento de Pontoise. Con este motivo, la de Cleveland hizo un regalo singular á aquel convento: mandó pintar su retrato con el niño Jesús en brazos, y pusieronla en un altar, tomándola por la Virgen María. La joven monja, que nunca había visto á su madre, por habérsela ésta quitado de delante muy pronto, oraba, como las demás, al pie de la imagen. Esto duró hasta que un alma caritativa puso en autos de aquella profanación á la abadesa, que la hizo cesar inmediatamente.

Parece que las concubinas de los reyes eran bien vistas en Inglaterra, donde las damas son tan gazmoñas; pero esta es fruta que abunda más que no imaginamos.

XXX

Carlos II, movido por los celos, envió al garrido Churchill á pelear en compañía del duque de Monmouth, su hijo natural, en los ejércitos de Luis XIV. Churchill volvió á Inglaterra al advenimiento de Jacobo II, que lo quería y lo nombró inmediatamente par del reino y general. Este favor dió que hablar, pues el agraciado no había dado aún á conocer su valor.

El rey había hecho casar á Churchill con la hija del caballero Ricardo Jermings de Sandridge, la famosa Sara Jermings, que gobernó á Inglaterra en tiempo de la reina Ana, más todavía que su marido. Yo la conocí vieja, durante un corto viaje que hizo á Francia, donde la miraron como personaje extraordinario. Sara conservaba restos de su noble hermosura y una inteligencia clarísima, pero demasiado

orgullosa y altanera para despertar simpatías. Quería imperar hasta en el palacio de Versalles, donde nunca entró por no verse sometida á etiquetas ofensivas para su dignidad.

Sara conducía como á un niño de seis años á Marlborough, á quien había hecho cometer toda clase de vilezas cuando la revolución inglesa, como la de obligarle á abandonar al rey Jacobo, su bienhechor, y sobre todo á escribir á este desventurado rey una carta modelo de insensatez y de arrogancia. Guillermo no fué tardo en aprovecharse de ella; pero lady Marlborough, que creía convertirlo en su esclavo al modo de la reina Ana, quedó algo chasqueada al verse asimilada á las simples duquesas, ni más ni menos que si nunca hubiese salido del hogar paterno.

Todavía me queda que hacer otra digresión, y Dios sabe que no desperdicio coyuntura para hacerlas, lo que siempre me han criticado severamente los filósofos, que no buscan sino las líneas rectas. Ahora me disculparán la digresión, pues se trata de aclarar un punto histórico muy oscuro hasta lo presente, sobre que también soy la única que puedo hablar de él con razón de causa, atento que sólo quedo yo sobre las ruinas de este siglo, ya tan decaído en comparación con su antecesor, y al que, sin embargo, ha de seguir otro todavía más decaído, si se realizan las apariencias.

Me propongo hablar de la famosa canción:

Mamburí se va á la guerra...

Nadie sabe quién la compuso: la atribuyen á qué sé yo cuántos autores, como al *Señor de la Palisse*. Pues bien, yo vi componerla, y voy á decir dónde y cómo.

La señora de Sevigné tenía un primo hermano que no era Bussy, pero que en nada cedía á éste. El

tal primo se llamaba Coulanges, y es muy conocido de los lectores de aquella dama, como lo es también su mujer, célebre por su hermoso palmito y por su chispa. Marido y mujer vivieron largos años, y aquél continuó hasta el fin de su existencia la vida que llevaba desde su juventud, vida nómada y singular, que se ajustaba á su modo de ser y solamente á él le era disculpable. Pasaba un mes, poco más ó menos, con alguno de sus amigos, y tenía muchos, tanto en Francia como en el resto del globo. Siempre alegre, bondadoso y servicial, su compañía era solicitada como la de un joven. Componía con muchísima facilidad y facundia canciones pasaderas y las dedicaba á todas las mujeres y á todas las potestades en auge ó caídas.

Coulanges nunca tuvo voluntad: primeramente cedió á los acaecimientos, luego á sus amigos y mayormente á su mujer, con la cual vivió siempre muy bien, mediante que no se viesen nunca uno á otro. De cuando en cuando Coulanges volvía al lado de su compañera, al despotismo de cuyas razones se sometía sin discutir las y con frecuencia sin comprenderlas. Coulanges había hecho sus primeras armas en el Parlamento como consejero relator, y se perdió en él por una distracción y una broma.

Defendiendo á un tal Grapín, que reclamaba una balsa usurpada por su contrario, se embrolló de tal suerte, que ni él ni los demás sacaron nada en limpio; y como tenía demasiado talento para forjarse ilusiones, dió de un golpe fin á su defensa, diciendo:

— Señores, me ahogo en la balsa de Grapín.

De entonces más dejó la abogacía.

En cuanto á la señora de Coulanges, ya es distinto: se conservó joven mientras pudo persuadir á los demás de que lo era, y tuvo amantes y galanes durante tanto tiempo como cualquier otra. Mien-

tras los tuvo, salvo algunos ratos de mal humor, fué aquella la mujer más aguda, más amable y más mordaz de París. Cuando, al llegar la edad madura, la de Coulanges advirtió que á su alrededor iba haciéndose el vacío, se retiró á San Graciano, en las cercanías del gran estanque de Enghién, y recibió en su casa á la sociedad más encumbrada y escogida: su ingenio, un poco entristecido por las añoranzas de su juventud, volvió á florecer con tanta gracia y jovialidad que en otro tiempo. Citábanla como un oráculo, como un prodigio, y la duquesa de Luynes, cuando yo vivía en su casa, me llevó consigo á visitar á aquella dama tan celebrada, lo cual le agradecí muy de veras.

Modesto, pero muy agradable, era el retiro de la señora Coulanges; la cual se intitulaba devota, y creía serlo de buena fe á macha martillo, porque rezaba muchos padrenuestros y frecuentaba la iglesia y la rectoría.

El día que fuí á verla, el único, por caso extraordinario el señor de Coulanges estaba en San Graciano, amén de otras personas conocidas, tales como la mariscal Villars, la duquesa de Nevers y su marido, el duque de Aumale y muchos más. Recuerdo que un botarate, queriendo darse tono, se acercó á la mariscal y le dijo, solícito y casi cayendo á sus pies:

— Señora, va V. á tener un alegrón: el gran enemigo, el rival del señor mariscal Villars, el señor de Marlborough, ha muerto.

— ¡Cómo! — exclamaron unánimes los presentes, — ¿el señor de Marlborough ha muerto?

— Así lo gritaban esta mañana por la calle, al salir yo de París — prosiguió el majadero.

— ¡El señor de Marlborough ha muerto! — repitió Coulanges; — es una gran contrariedad para

el rey Guillermo. ¿Y qué dice á eso la hermosa señora de Marlborough?

— En verdad no lo sé, caballero — contestó el necio, más que medianamente corrido.

— Probablemente no ostentará más su eterno vestido color de rosa — prosiguió la señora de Coulanges, — y eso la obligará á variar de traje, al que, como avara, está apegada por tal extremo.

— Voy á componer una canción sobre la muerte de Marlborough — dijo el señor de Coulanges á su mujer; — es una manera de cantar los funerales.

— ¡A tu edad! — replicó la buena señora, — que no perdía ripio para complacer á su marido.

— Probaré; por hacer malos versos no ahorcan.

Coulanges empezó la primera copla y la segunda; luego cada cual escribió en ellas un verso, aportó una idea, y todos riéronse grandemente de aquella composición general. Los cuatro *oficiales* son del duque de Antín, que era agudo y malicioso como su madre la Montespán.

Así se improvisó por entero la canción, sobre un aire de *punte nuevo*, por más que la señora de Coulanges abogó por que se compusiese ex profeso la música.

— Vamos á tenerla en un periquete — exclamó el de Nevers. — ¿No está ahí Apolo con su lira?

Al decir estas palabras, el duque mostró con el dedo al chiquitín Rameau, cuyas primeras obras anunciaban su gloria futura, y que se estaba callado en una ventana, de la que tecleaba los cristales.

Todos rodearon á Rameau, y apremiáronlo de tal suerte, que lo decidieron á sentarse al clavicordio y á ensayar un aire, el que todo el mundo conoce, y que fué compuesto casi repentinamente. La concurrencia quedó maravillada, y se propuso divulgar la canción, cuando llegó cierto individuo que des-

mintió la muerte de Marlborough, y anunció, al contrario, haberse estipulado una especie de paz entre nosotros y él.

Dándose á entender que sería demostrar poco tacto poner en coplas á un futuro aliado, de común acuerdo olvidáronse todos de la canción. Con todo eso, no faltó quien la recordase, pues muchos años después, cuando el duque murió de veras, la vi reaparecer.

Indudablemente, aquel día Coulanges y Rameau hicieron su obra más célebre é imperecedera; y lo más singular es que ni ellos ni nadie lo sospechan.

XXXI

Marlborough fué el más ávido, rapaz y avaro de los héroes; sacaba provecho de todo, y si Luis XIV hubiese podido comprarlo bastante caro, no habríamos pasado por las derrotas y reveses que señalaron el fin de su reinado. El mariscal Richelieu trataba con gran menosprecio á Marlborough, y cierto día hablaba de él, en mi presencia, en casa de la mariscalá Luxemburgo, con un diplomático inglés muy favorable Churchill.

— Pero, señor mariscal — le decían, — Marlborough no poseyó más que lo que le dieron.

— ¡Bah! ustedes se olvidan de lo que aquél tomó — replicaba Richelieu.

Yo, disgustada de oírlos, les impuse silencio con las siguientes palabras dirigidas al diplomático:

— Pero señor, ¿á qué discutir sobre eso? ¿por ventura el señor mariscal no está más al corriente que V. en este punto?

Los dos recibieron su merecido. El mariscal nada replicó; con ser agudo y maligno, lo dejó avergonzado una verdad dicha á tiempo. Fingía reirse del pabellón de Hanóver; pero yo sé de positivo que esto lo mortificaba grandemente, y que no lo perdonó á los parisienses, que no desperdiciaron la ocasión de ridiculizarlo sobre el particular.

Volvamos á lor Bolingbroke, entregado en cuerpo y alma á las intrigas de la corte de la reina Ana, que no eran pocas. La duquesa de Marlborough lo traía todo en rueda para imponerse y apartar de la reina á los amigos de su hermano, el pretendiente. Saint-Jean, al contrario, se inclinaba á favor de los conservadores: era, pues, un antagonismo perpetuo. Dejaré esto de lado, pues el contarle sería inacabable y fastidioso. Sólo recordaré un rasgo de la duquesa de Marlborough, que tuvo resonancia en toda Europa. La reina le regaló su retrato enriquecido de diamantes, y ella, que los poseía en cantidad fabulosa, no por eso dejó de guardarlos, pero expuso el retrato en casa de una revendedora, adonde todos fueron á verlo. A esta salida replicó Swift dando á la duquesa de Marlborough un nombre poco en uso entre personas bien educadas y que no repetiré, por más que emana de un reverendo doctor.

La hora de la desgracia sonó para lor Bolingbroke, ó más bien dicho para Saint-John, pues todavía no era más que esto. La reina lo nombró vizconde de Bolingbroke y lo hizo par de Inglaterra, lo cual, aunque parezca lo contrario, fué el primer escalón de su caída. El segundo lo fué la muerte del duque de Hamilton, su amigo, que perdió la vida en Hyde-Park, en un duelo con lor Mohun. Al levantarse el duque, el coronel Macarting, testigo de Mohun, lo atravesó de parte á parte con su espada, por la espalda, y lo derribó sin vida sobre el

cadáver de aquél. Al duque de Marlborough lo acusaron de complicidad en aquel vil asesinato, como también de haberse propuesto acabar con el conde de Oxford por medio de un explosivo, y tan recia fué la acusación, que el duque vióse obligado á salir de Inglaterra, aguzando el dardo que había de perder al pobre Bolingbroke, á quien la duquesa no podía ver ni en pintura.

Con todo eso, quizá Bolingbroke habría continuado siendo bien quisto, máxime después de la desgracia del conde de Oxford; pero murió la reina Ana, mujer, tal vez, un poco debil, pero buena, noble y generosa. Unos supusieron que la reina pereció envenenada, otros que sucumbió á causa del abuso de licores fuertes, á que la habituara su marido el príncipe de Dinamarca. Bolingbroke obtuvo su sitio en el Parlamento, y en él habló recio después de haber fallecido la reina, lo que exasperó á los wighs. El duque de Sunderland, su amigo, le advirtió por bajo mano, que si no huía lo procesarían y le descabezarían, ó que ni siquiera se cumplirían tales formalidades, sino que lo acogotarían.

Bolingbroke cedió, y embarcóse en Dóver, llevándose consigo quinientos mil francos, y abandonando el resto de su cuantiosísima fortuna. Para que no lo acusasen de secundar las maquinaciones jacobistas, pasó por Paris sin detenerse en él y se trasladó á Saint-Clair, en el Delfinado, á orillas del Ródano, desafiando desde allí á sus enemigos, que hallaron el modo de vulnerarlo. Quitáronle título y bienes y los transfirieron á su padre, hombre inepto é inofensivo, pero desaparegado de sus hijos y que lo guardó todo.

Reducido á sus quinientos mil francos, Bolingbroke se halló apurado. El partido del pretendiente comprendió esto luego á luego, y cierta mañana,

Bolingbroke vió entrar en su retiro é un emisario de los torys y del príncipe, que aprovechó su cólera para seducirlo. Al mismo tiempo, el emisario recordó al lor los proyectos de la reina Ana, su bienhechora, y habló á todos sus afectos y á todas sus pasiones, y le entregó una carta de Jacobo III, incitándole á que se reuniese á él en Commercy para ayudarlo con sus consejos.

Saint-Jean titubeó largamente, pero acabó por decidirse, y fué á ofrecer sus servicios á su legítimo soberano, el cual lo nombró su ministro, y lo envió á París para solicitar los socorros de Luis XIV, que, hallándose moribundo, nada quiso escuchar. Muerto el anciano monarca, se le hicieron todavía más irrealizables las esperanzas, lo que no impidió que Jacobo III efectuase, desatendiendo los consejos de Bolingbroke, una ridícula incursión militar á Escocia, que únicamente sirvió para poner en evidencia su debilidad, puesto que hubo de reembarcarse á toda prisa.

Lo notable fué que echaron la culpa de la expedición á Bolingbroke, que se había opuesto á ella, y que el pretendiente lo echó de su presencia, acusándole de haberle hecho abortar sus planes. Saint-Jean, que no era jacobista sincero, se sometió sin murmurar, y lor Stair, embajador de Jorge I, preparaba el regreso de aquel experto varón á la corte de su soberano.

Cabalmente el duque de Marlborough, retenido en su castillo de Blenheim por un ataque de apoplejía, ya no lo estorbaba, pues tan sólo vivía su cuerpo. En cuanto á la duquesa, menos asustada de la viudez que de quedarse convertida en mujer de un idiota paralítico, había dicho al médico estas célebres palabras:

— ¡Salve V. su gloria!

El médico, hombre concienzudo, prefirió salvar la vida del duque, lo cual no plugo del todo á la nueva Artemisa, que tuvo que tragar á su marido largos años. Ante la enfermedad, todos son iguales: los héroes se vuelven hombres y dejan de ser semi-dioses.

¡Qué caramba! los mortales bien necesitamos algunas compensaciones.

La negociación de lor Stair fué laboriosa y objeto de largas discusiones, quizá porque Bolingbroke no tenía mucha prisa: vivía bien en París, rodeado de los hombres más ingeniosos y notables de aquel tiempo, y, voluptuoso y complaciente, galanteaba á las mujeres guapas y las amaba á todas, que le correspondían con creces. El les daba lo que poseía y lo que no poseía, durando esto hasta que conoció, por casualidad, á la marquesa de Villette, cierto día en que estaba buscando una casa en el barrio de San Germán. La marquesa vivía en la calle de Santo Domingo, frente al palacio de Luynes. Nosotras la veíamos de vez en cuando en casa de mi tía, por más que á ésta no le era simpática, por hallarla excesivamente dada al mundo. A la duquesa le gustaba la gazmoñería, á la cual nunca he podido acostumbrarme, y que acabó casi por enemistarnos del todo, salvo en las circunstancias en que el bien parecer nos imponía fingir lo contrario.

¶ Era, la señora de Villette, hija del montero mayor Deschamps de Marcilly, y se educó en Saint-Cyr con la duquesa de Caylús, mujer todavía ahora muy simpática y á la cual he conocido grandemente; ya hablaré de ella en otro lugar de este libro. Aquellas dos doncellas amistarón, y cierto día en que las dos se encontraban en el locutorio, llegó el padre de la señora de Caylús, el señor de Villette, que hacía tiempo hablaba de casarse en segundas nupcias, y al

ver á la señorita de Marcilly, se prendó de ella, y no pudo menos de mostrarlo.

— Bueno — dijo la señorita de Villette á su progenitor, — pues quiere V. darme una segunda madre, cácase V. con mi buena amiga.

El señor Villette cogió la palabra. Contraalmirante y pariente cercano de la señora de Maintenón, no existía familia que no se hubiese honrado con su elección.

Dos ó tres semanas después, la familia de la señorita de Marcilly declaró á ésta que iba á ser marquesa de Villette.

— ¡Ah! ¡qué dicha! — exclamó la inexperta doncella, — seré la madre de mi amiga.

XXXII

El señor de Villette murió, quedando su joven esposa viuda después de uno de esos matrimonios que no pasan pena ni gloria, y que tanto abundan. La viuda lloró un poco al difunto, pero no tardó en consolarse, y procuró resarcirse de la primera mitad de su vida, tomándose doble libertad en la segunda.

La marquesa no era hermosa, pero sí *jovial* y *hechicera* en la acepción comunicativa de estas palabras. Un defecto, cómodo á mi juicio, y que generalmente disgusta, le creó muchos enemigos: tenía el vicio de hablar. A causa de esto, Argental no podía sufrirla. Con ser una verdadera presumida, y revolverse contra todo el género humano, estaba más que medianamente rica. Bolingbroke, que á la sazón tenía cuarenta y cinco años, edad en que los hombres suelen buscar caza más tierna, se prendó

de ella, que tenía cincuenta y dos. Ambos se enamoraron perdidamente uno de otro, y la marquesa no se tomó el trabajo de disimularlo, ni tampoco Bolingbroke, por otra parte incapaz de hacerlo. Amáronse, pues, al descubierto los dos tórtolos y ya no se separaron, quiero decir que hicieron vida común, provocando con ello la risa de la juventud cortesana; á bien que la juventud se rie de todo lo que no es joven, sin pensar que ha de envejecer.

Tres cosas no concibe la mujer en su juventud: que se volverá vieja, que ha de morir, y, cuando se enamora de veras, que su amor y el de su amado son finitos. Y, sin embargo, son tres cosas inevitables y preestablecidas; pero ¿qué importa eso á la edad de veinte años?

Lor Bolingbroke poseía todas las condiciones de un amante amartelado: era celoso como todos los tigres del Asia reunidos, y en todas partes veía rivales, con no haber quien pensase en soplarle la dama. Cierta día en que yo comía en casa de la marquesa con el padre Alary, el famoso presidente del *entresuelo*, de quien luego hablaremos, aquel hombre insignificante, tan grande en su tiempo como hoy olvidado; cierto día, repito, en que el padre Alary, un tal Mac-Donald, caballero del pretendiente, gallardo él y presumido, y yo comíamos en casa de la señora de Villette, ésta dirigió las palabras más cultas, las frases más sonoras y redondeadas á Mac-Donald, que correspondió poniendo los ojos en blanco y haciendo hociquito, lo cual exasperó por manera indecible á Bolingbroke.

En lo más interesante, cuando el apuesto inglés y la ilustrada marquesa se congratulaban á porfía, Bolingbroke lanzó un voto redondo y descargó sobre la mesa un puñetazo tal, que vasos, platos, salsas y cuantos accesorios cubrían los manteles rodaron

sobre la coqueta en primer lugar, y luego sobre nosotros, que nada teníamos que ver.

Tras este desahogo, Bolingbroke se levantó, arrojó su servilleta, y fuese sin volver atrás los ojos. ¡Figúrense Vds.! La marquesa sentíase enferma, y el cura y Mac-Donald, que felizmente no comprendían pizca, le dieron á oler sales y gotas, mientras sus criadas le desatacaban el vestido y yo le daba golpes en las palmas. La dama se recobró, y descaecida, desatinada, y sin embargo enorgullecida de ser amada de tal suerte, buscó al ingrato que la acusaba.

— Caballero — dijo la marquesa á Mac-Donald, con los ojos anegados en lágrimas que la hacían más amable, — caballero, V. dispense, pero no puedo ver más á V. *El* está fuera de sí, y yo lo antepongo todo á su dicha, aunque sea la cortesía.

— Señora — contestó groseramente Mac-Donald, — milor hace muy mal en alarmarse; no quiero turbar la dicha de nadie, y si he pensado en V., únicamente ha sido como á una dama respetable cuyo carácter, situación y edad merecen las atenciones de cuantos la conocen. Me retiro, pues, y esperaré que V. se digne llamarme otra vez; esa clase de postres no me placen absolutamente nada.

Dijo el inglés, hizo una mesura con la cabeza y se retiró.

No valía la pena ser tan agudos como lo eran milor y su amiga, para dar tales espectáculos. La señora de Villette, así que pudo tenerse en pie, salió en busca de Bolingbroke, dejándonos solos al cura y á mí, que, como es de suponer, nos echamos á discurrir. El clérigo encogía los hombros, y eso que estaba muy apegado á Bolingbroke. Figúrense, pues, ustedes qué dirían del lor sus enemigos.

El padre Alary me maravilló contándome la siguiente extraordinaria anécdota, en la cual me afirmo

haber figurado él en persona: Vivía en Paris cierto conde de Boulainvilliers, que se jactaba de levantar horóscopos, y que á las veces decía cosas singularísimas. El tal únicamente pedía la fecha del nacimiento y algunos otros datos por el estilo. Ahora bien, la señora de Villette, que había oído hablar del conde, rogó al padre Alary, amigo de aquél, que llevase *sus títulos* al adivino y recogiese su contestación.

He aquí lo que dijo el oráculo:

«La interesada ha tenido muchas pasiones, y después de haber sentido otra más profunda que las demás á la edad de cincuenta y dos años, morirá en tierra extranjera.»

Esta profecía se cumplió al pie de la letra.

Boulainvilliers, tan lince para los demás, nunca lo fué para sí. Lo mató la pesadumbre de no ver realizada la gran fortuna que él se había predicho á sí mismo. ¡A cuántos agoreros les ha pasado igual! Es, la de tales hombres, una ciencia de la que dudo grandemente, con ser extraordinarios los ejemplos de que yo misma he sido testigo con el regente, verdadero adepto, y con el conde de San Germán, á quien muchos han tomado por el diablo. En cuanto á esto, ya respondo yo que no.

El señor de Matignón, amigo particular de Bolingbroke y de la marquesa, llegó durante la contienda que he referido, y los reconcilió, como solía, pues reñían continuamente, y el hombre había tomado cariño al oficio de apaciguador. Matignón fué toda su vida fiel á esta amistad, y tras él, su hijo, lo cual es raro en la corte.

Bolingbroke, á pesar de su pasión y de sus celos, se entregaba á distracciones poco inocentes; y tanto se las echó en cara su tierna Alcmena, y tal quebranto experimentó ésta en su salud, que después de haber

pasado una temporada retirado en Chaillot, aquél regresó, decidido á resistir todas las tentaciones y á guardar la fidelidad que para sí reclamaba. Y lo cumplió, que es lo más curioso.

En esto pasó á mejor vida la mujer de Bolingbroke, al cual, no obstante ser devota, había dado aquélla grandes disgustos. Desde entonces entrambos amantes obraron con entera libertad, si es que antes guardaban ciertos respetos, y más de dos afirman que se casaron á cencerros tapados. Y es singular que no hiciesen público su matrimonio, pues supongo que nadie se lo impedía. Según parece, aquella boda celebróse en realidad más adelante. Lo que sí es cierto, es que la marquesa ostentó el apellido del lor, y que todos la llamaban lady Bolingbroke, aun en Inglaterra, excepto en la corte, según dicen, donde no pudo ser admitida como tal.

De nuevo fué solicitado Bolingbroke para que volviese á defender la causa del pretendiente, á propósito de un plan más bien concebido que los anteriores, y para la ejecución del cual creyeron los solicitantes serles necesarios los consejos de aquél. El rey le escribió personalmente, y no bastando su carta, le envió su confidente íntimo, con otra epístola tan patética como amable y cariñosa, en la que hacía una nueva llamada á su fidelidad á la reina Ana, y recordaba las últimas palabras de su bienhechora: «Ahl, mi querida hermano, ¿qué va á ser de ti?»

Bolingbroke se dejó mover en parte, quiero decir que exigió la mayor reserva durante algún tiempo, y prometió dar su parecer siempre que fuese necesario; pero se negó á declararse abiertamente, temeroso de un nuevo sofión que le perdería sin remedio, y para no ser útil á nadie.

Lor Stair, entonces embajador de Inglaterra en París, había, entretanto, obtenido del regente la pro-

mesa de hacer detener al rey Jacobo, si éste se trasladaba á Francia, como todos presumían, pues el proyecto ya se había hecho público. Bolingbroke hubiera querido impedir á toda costa al monarca fugitivo pasar adelante; pero no sabía dónde reunirse, pues se hallaba ya en camino. Milor se sosegó un poco, dándose á entender que el regente no era hombre para entregar á Jacobo III; fió en su destreza y generosidad, y, sin embargo, aguardó con la más viva inquietud el resultado de la orden dada públicamente al señor de Contades, mayor de los guardias, de que inmediatamente saliese para Chateau-Thierry, y arrestase al último de los Estuardos, á su paso por aquella población.

¡Y sin embargo los dos eran nietos de Enrique IV!

XXXIII

El señor de Contades se las compuso de modo, que al entrar él en Chateau-Thierry por una puerta, el pretendiente salía por la otra. Ya sabía el regente lo que hacía al enviar á Chateau-Thierry á Contades; por manera que el príncipe pasó, llegó á la casita que Lauzún poseía en Chaillot, vió á la reina, su madre, á muchos de sus partidarios, y, con el mayor sigilo, á Bolingbroke, el cual quedó profundamente impresionado de aquella entrevista. Bolingbroke no ocultó á Jacobo que su modo de sentir lo inclinaba á la rama protestante, y que á no haber sido el respeto que guardaba á la memoria de la difunta reina, su señora, ninguna fuerza humana le habría hecho abrazar la causa de un partido que le era antipático.

— Vaya Vuestra Majestad á Escocia — dijo Bo-